

Y en poco tiempo, pescado desde la borda, fué subido al bote...

De un buque de la escuadra francesa, tondeado en la costa bajo Paysandú, habiéndose oído tiros y gritería en la ribera opuesta, desprendieron el bote más ligero para explorar lo sucedido.

La luna, plateando la estela tras los nadadores, guió al oficial francés, y Hornos, antes de todo, pidió con empeño que le ayudaran á salvar su caballo salvador. Los rencorosos chinos que le perseguían viraron hacia tierra en cuanto vieron que le llegaba protección...



Casa del fiscal catoniano y palacio del Congreso

FISCAL CATONIANO

I

Cuando éramos *rata de oficina*, noble oficio por cierto, mandáronnos cierto día con algunos expedientes á casa del Fiscal del gobierno, más que de modesta apariencia, muy distinta su fachada de las que después habitaron los fiscales y sus agentes.

Desde su estrecho zaguán entablamos el siguiente diálogo con el hombre que en mangas de camisa barría el patio.

—¿Está el señor Fiscal?

—No, señor.

—¿El Sr. Dr. D. Juan Andrés Ferrera, Fiscal de gobierno, vive acá?

—Sí, señor.

Y como ya noticias teníamos de las excentricidades del personaje en busca, aunque nunca le habíamos visto, no sé por qué barruntamos que el Fiscal y el barrendero en camisa habían de resultar una misma persona.

—¿A qué horas se puede ver al señor Fiscal?

Y sin interrumpir su tarea *barrendil*, ni alzar la cabeza, contestó:

—Aquí vive D. Juan Andrés Ferrera, que está limpiando su casa porque el sueldo no le alcanza para pagar quien lo haga. El señor Fiscal de gobierno, que tiene su despacho ahí, primera puerta del zaguán, se encuentra en él desde las once de la mañana hasta las cuatro de la tarde, horas reglamentarias de oficina.

Sacando nuestro gran *tacho*, al parecer de plata, y comprobando que faltaban cinco minutos para la hora fijada, giramos sobre nuestros talones, yendo, como los serenos de *La Verbena*, á dar otra vuelta á la manzana.

II

Algún tiempo había pasado, cuando por los diarios se avisó que la persona en cuyo poder se hallara el número de los *tres sietes*, agraciado con el premio de una casa en rifa, podía presentarse en la escribanía de Mogrovejo, para escriturar el traspaso de títulos á su favor.

Ya empezaba á murmurarse que tal número no existiera y de que trapisonda mayúscula encerraba algún gatuperio, para dejar en blanco á todos los creyentes de boca abierta que en tal rifa cifraron su suerte, cuando otro sábado se le ocurrió barrer al buen Fiscal, ya no el primero y único patio de su casucha, limpia y blanca como tacita de plata, sino los tres cajones de la única cómoda de su hacendosa mujer.

Entre papelitos y sobres de rizos ya canos, y apuntes de ropa usada, cayó uno amarillento, viejo y arrugado, con *tres sietes* más negros que conciencia de cartulario. Siguiendo el arreglo del contenido de todo el cajón, le separó, y cuando su buena Petrona regresaba con la china del mercado, le preguntó á qué rifa se refería el billete que había encontrado.

Ni ella misma lo recordaba ya, hasta que leyéndolo exclamó:

—¡Ah! Es verdad, ni sé si te había dicho. Cierta mañana, hace ya mucho, me importunaba tanto la vieja billetera, al salir de la iglesia, con que me quería dar la suerte, que más por hacer caridad, pues aseguraba ser para los pobres una parte de esa rifa, que por tentar suerte, compré ese número, del cual no me acordaba.

—¿Y sabes lo que este número importa hoy?

—Tampoco me ha preocupado, que ni sé si se jugó ó no la tal rifa, ni quién se habrá sacado la casa; sólo me interesó aumentar á los pobres la parte que se les asignaba. Pero como no me he sacado en la vida más lotería que tú, mi buen y leal compañero de tantos años, no abrigues temor de que lleguemos á cambiar por ésa la casita ésta.

—Así te quiero ver siempre, mi honrada mujer, resignada al modesto pasar que puede proporcionarte tu marido. Pero la verdad es que te has sacado la casa, cuyo billete de rifa ignoraba hubieras comprado. Ahora te voy á pedir un favor. Como sabes, yo no tengo dos morales, una para ante el público y otra para dentro de casa. Como hombre y como magistrado, uno mismo es el principio que siempre me guía. Te pido que no cobres esa suerte, y sigamos felices en la pobreza que sobrellevamos. Como abogado, como fiscal, como empleado y como hombre, pienso y he dictaminado en cuantas vistas expedí, que en todas esas rifas y loterías hay siempre irregularidades y engaños, y creo que una persona honrada jamás debe

pedir al azar lo que sólo del trabajo debe esperar. Sería para mí una consecuencia, borrando de una plumada mis antecedentes, si saliéramos sacándonos rifas, que he combatido por perniciosas.

Sin inmutarse, la buena Petrona, que también tipo era de *virtud catoniana*, digna consorte del más honrado Fiscal que hubo en esta tierra, tomó el número de manos de su esposo, devolviéndosele en cuatro pedazos.

—Tal vez hubiéramos salido de pobres; yo no creía hacer mal en lo que hice. Quizás viviendo en una casita propia hubiéramos gozado más comodidades en nuestros últimos años; pero no es de hoy desde cuando me conoces, y sabes que jamás he tenido otra voluntad que la de mi marido.

Y al mismo tiempo que rodaba sobre sus ya arrugadas mejillas una lágrima de afecto, repitióse la escena que el desgraciado Rousseau cuenta no haber visto nunca: «suspirando de amor dos seres ya encanecidos.»

III

Mayores singularidades impresionaron vivamente nuestra imaginación de niño, y dímosnos á investigar antecedentes de virtud tan rara en aquella como en toda época. Entonces vino á nuestro conocimiento que el fiscal Ferrera había nacido en tiempo del *Virrey de las gallinas* y que era el mismo personaje de quien el general Paz refiere muchas excentricidades.

Emigrado como la mayor parte de las ilustraciones de su época, tildado de *salvaje unitario*, diez años atrás de la mañana aquella en que le conociéramos barriendo el único patio de su estrecha casa, había caído en el campamento que á la sazón se organizaba en la provincia de Corrientes.

Hombre pacífico y poco experto en las armas, pues no había esgrimido otra que la pluma de la justicia, se clasificaba á sí mismo de *boca inútil* en el campamento. Pero, hombre á la vez de ilustración y consejo, el jefe de esa otra expedición libertadora no quería alejarlo de su cuartel general.

—Designeme usted algún trabajo, decía el doctor, pues que de otro modo no me considero con derecho á la ración de soldado.

Y el austero general, reconociendo los quilates de aquel brillante en bruto, sin engarzar, «que cosa rara fué siempre hallar un hombre honrado á carta cabal,» valióse de mil ingeniosidades para retenerlo.

Muy pobre y necesitado andaba por entonces, como todo emigrado, sin patria y sin hogar, y sólo los colores de la bandera celeste y blanca le atraían allí donde flameaba con imán irresistible.

Llegó en cierta ocasión á preguntarle el general Paz qué hora tenía, y como le viera sacar un viejo *tacho* de plata, gemelo sin duda de aquel que señalaba la hora en que le conocimos, se fingió prendado de tan

antigua prenda. Aunque desde el primer momento le fué ofrecido con toda espontaneidad, el general Paz le dijo que bien lo necesitaba, pero que sólo lo admitiría aceptándole las tres onzas que en su mano puso.

—Pero esto es tres veces más de su valor—contestó el doctor.

—Pero es que tres veces más de su valor intrínseco tiene esta joya de familia—replicó el general,—si, como usted recuerda, ha señalado la hora de su casamiento, de su destierro y tantas horas solemnes en su vida.

Y disimulando así el medio indirecto de hacerle aceptar algún socorro en su necesidad, que era extrema, contaba después muy satisfecho el general cordobés cómo le había buscado la vuelta á la austeridad del abogado porteño.

Tan raro el general como el doctor, no siempre hicieron buenas migas desde el primer día, pues algún chisme de campamento llegó á circular de que bien podía haber sido mandado por la comisión de Montevideo para que, introduciéndose en sus consejos, dirigiera al general.

Disipadas las desconfianzas que rodean á un recién venido, se le dió la Auditoría de guerra del ejército en el campamento de Villanueva en Corrientes. Entonces solía frecuentar la mesa del general, tan frugal, que los traviosos ayudantes la evitaban siempre que el ayuno no era obligatorio.

De tan claras y tan largas visitas en sus vistas fiscales y de fino y nada corto oído como auditor, ilustrado y severo, en Buenos Aires y Montevideo, en el Paraguay, Brasil y Bolivia, en todas partes dejó recuerdos de su recto proceder, como luminosa huella de su paso.

Cuantos le conocieron acabaron por hacer completa justicia á su incansable contracción y su desinterés, superior á todo encarecimiento.

Minucioso en detalles, era una de sus manías la de tener todo enumerado, hasta las piezas de su ropa interior. Jamás se ponía la camisa número cinco, sin haber usado el número cuatro. Si en Corrientes no hacía esto, como cuando le conocimos barriendo en mangas de camisa, era porque en la pobreza de campamento sus camisas eran *nones* y no llegaban á tres.

Nacido, como queda dicho, en tiempos del *Virrey de las gallinas*, cuando el marqués de Loreto dejó preso, hasta que se comiera todas, al paisano que se las obsequiaba por haberle despachado favorablemente el acto de justicia solicitado, falleció durante el gobierno del doctor Obligado.

Pero era en *tiempos de D. Pastor*, cuyo honrado gobierno hizo época, según los viejos que se van. Llamóse su ministro de Hacienda D. Juan Bautista Peña, y el de Guerra no fué otro que el mismo general Paz.

Entre ministros como el sabio Dr. Vélez Sarsfield, D. Valentín Alsina, el Dr. D. Francisco de las Carreras, el coronel Mitre (D. Bartolo), don Norberto de la Riestra, D. Domingo Olivera, hacía digno *pendant* un fis-

cal como el Dr. Ferrera. ¡Lástima que fiscal semejante no dejara semilla!

Lleno de talento y buenas cualidades, cual el general cuadrado que exigía Napoleón, del que era modelo el digno general Paz, ese otro recto ciudadano fué un porteño honrado por los cuatro costados.

Decía de este último, el primero, que escribir era su entretenimiento, su diversión, su única pasión dominante, á punto de haber dejado algunas toneladas de papel escrito de su puño.

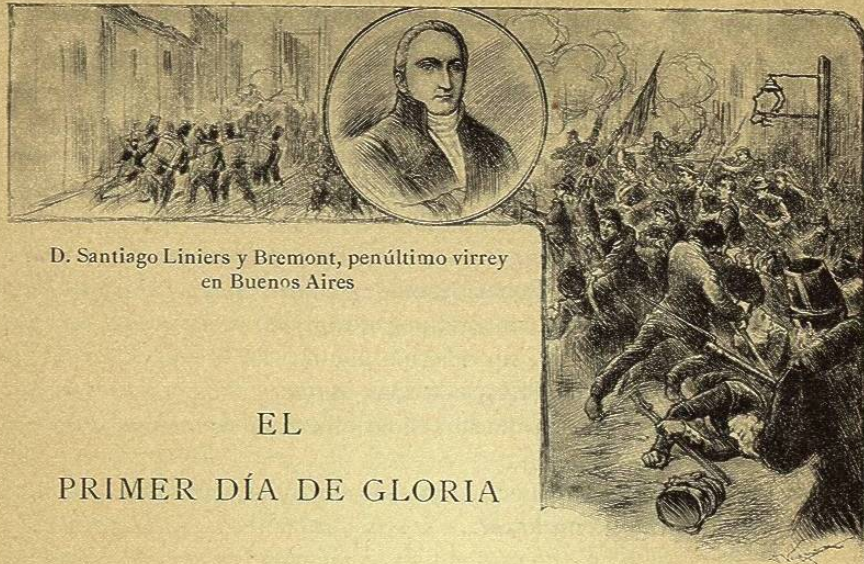
Pero si de elogios se hizo digno el Dr. Ferrera, ¡cuántos no merece su buena y abnegada esposa! Pobre, humilde y sumisa toda su vida, despierta un día relativamente rica y con casa por el capricho de la suerte. A la primera palabra de su marido, sin objeción alguna, sin la menor vacilación, tira la suerte al pozo, dando espaldas á la fortuna.

Andando el tiempo, en muchos años de Juez, no conocimos otro fiscal al de esta tradición parecido.

¿Cuántas mujercitas conocéis, queridos lectores, semejantes á la fiscal de este cuento, que no lo es?...



Depósito de las aguas corrientes



D. Santiago Liniers y Bremont, penúltimo virrey
en Buenos Aires

EL PRIMER DÍA DE GLORIA

I

—¿Y cuál será el último cañonazo en esta tierra de tanto ruido y humo?

—Sábase donde se dispara el primero. ¡Misterio es del destino dónde resonará el postrero!

En esta tradición nos referimos sólo al último cañonazo del primer día de gloria, en que por vez primera tronaron á bala en las calles de esta ciudad.

La mañana del martes 12 de agosto de 1806 no apareció el sol en nuestro cielo; pero brillante y esplendente se levantó el sol de la victoria en nuestra historia.

Poco después de las diez avanzaron los soldados del pueblo desde la plaza de toros, y antes de las doce no se oía ya un tiro.

Ardua y laboriosa fué la gestación de la reconquista, pero tras dos horas de fuego incesante el valor de nuestros reclutas apagó el de los soldados ingleses, que, empezando por retirar sus avanzadas desde los cantones de San Miguel, se reconcentraron en la plaza principal, encerrándose luego en el fuerte.

El general Liniers hacía esfuerzos supremos deteniendo á sus tropas entusiastas y ardorosas por lanzarse á la carga.

El fuerte tiroto de los migueletes á la vanguardia se había interrumpido, y temiendo que fueran ellos cortados, dirigióse Liniers con toda la tropa en columnas paralelas por las calles de la *Merced* y *Catedral*.

Diez y ocho cañones resguardaban las bocacalles de la plaza, coronadas de soldados azoteas, recova y Cabildo.

Poco á poco, y después del más vivo fuego, languidecía éste, contando con menos bríos los rifleros escoceses hasta que abandonaron la plaza, que en inmensa algazara y tropel, confundidos soldados y vecinos, fué llenada por las tropas del pueblo.

Hombres, niños y mujeres, el verdadero pueblo representado en todos sus gremios, estados y condiciones, cooperó con valor y entusiasmo á la victoria.

Hasta los muchachos de las calles se distinguieron por sus servicios: unos alcanzaban municiones en sus raídos ponchitos: otros rompían éstos para taco de cañón. Mientras que todas las puertas se abrían para recoger y atender á los heridos, todo auxilio era negado á los ingleses en dispersión.

Guardacantones, puertas y ventanas servían de refugio á bisoños soldados, y cuando los vecinos armados veían acercar la mecha al cañón, dejábanse caer al suelo, y bajo el humo de la metralla, con furor desenfrenado, avanzaban puñal en mano, haciendo retroceder á los intimidados veteranos de Albión.

Hasta las mujeres tiraban de sus balcones el primer mueble, ó pesado objeto á mano, sobre los fugitivos, y si las piedras de las calles no se levantaron en aquel día, fué porque éstas no las tenían.

Muerto un bravo arribeño al lado de su mujer que le ayudaba, tomó ella el fusil caído de sus manos y con certero tiro mató al matador de su marido.

No lejos de esta valiente Manuela la Tucumanesa, un muchacho casi niño, Montes de Oca, con no menos heroicidad, al caer el cabo de cañón y ver que avanzaban á arrebatarlo en la calle *Defensa*, se precipitó, recogiendo la mecha que aún humeaba cerca del muerto artillero, dando fuego, y al disparar el *último cañonazo*, barrió el postrer pelotón de petos colorados.

II

Cuando Liniers llegaba al pretil de la Merced, viendo Berestord, parado bajo el arco de la Recoleta vieja, caer muerto á su ayudante Kennet, hizo con la espada señal de retirada, y replegando sus tropas entró el último en la fortaleza, mandando levantar el puente levadizo.

La densa bruma de un día gris, húmedo, nublado, y el humo del combate impidieron por algún tiempo divisar la bandera blanca flameando en el bastión Norte, por lo que continuaron los tiros desde todas las boca-

lles sobre aquel punto, y el atropellamiento y voces de la multitud, ebria de entusiasmo, acrecía la gritería infernal.

Por todas partes se oía:

—¡Avancen!, ¡avancen!, ¡avancen!....

Los rubios granaderos escoceses guarnecieron los baluartes. Gente de toda clase y hasta vecinos desarmados arrastraban muebles, tablas y escaleras para trepar por los fosos.

El ayudante Quintana se acercó al puente, y todavía no concluido el redoble del tambor parlamentario, dejóse caer el rastrillo, que á no descender tan pronto, detrás del ayudante entra todo el pueblo.

El general Beresford pretendió hablar de capitulaciones, y Quintana respondió con las mismas palabras con que cuarenta y cinco días antes el inglés intimó á la débil autoridad del rey:

—No hay otra que la de rendirse á discreción. Si no se alza inmediatamente la bandera española, de nada respondo.

Fué entonces cuando, asomando sobre el arco de entrada, saludó con el elástico y tiró la espada al foso, que luego Mordeille le devolvió atándola á la vaina con la faja que al efecto alargó Quintana.

Al salir con marcada desconfianza, preguntó Beresford si había seguridad, contestándole Quintana que, como caballero, respondía con su vida; y tomándole del brazo, le acompañó hasta entregar el prisionero al segundo jefe, Gutiérrez de la Concha.

Poco después, formando las tropas vencedoras en doble ala, desde la entrada del fuerte hasta la del Cabildo, salieron los soldados con sus armas, tocando marcha, habiendo perdido en la acción cuatrocientos doce hombres y cinco oficiales entre muertos y heridos, y costando este triunfo al pueblo doscientos de sus valerosos vecinos.

Y aquellos bravos y aguerridos veteranos, ante los que la estrella victoriosa de Napoleón palideciera un día, cabizbajos y abatidos desfilaron por entre dos filas de zambos, negros y mulatos; de criollos, españoles y orientales, mandados por la más arrogante juventud porteña.

Contraste resaltante presentaba su brillante uniforme y hermosa banda de música á la cabeza, frente á los pitos y tambores de los vencedores embarrados, descalzos y en harapos.

Aun los pilluelos de los andurriales hicieron su agosto, como que en ese mes estaban ayudando y siendo guías y avisadores á nuestros soldados, á la vez que extraviaban con falsas noticias á los ingleses. *Chicuelos* que por todas partes se meten asomaban sus lindas caritas sucias y cabecitas desgreñadas entre las filas de milicianos, sacando la lengua á los *misters* azorados, haciéndoles *pito catalán*....

III

A la mañana siguiente presentaban al general Liniers, en el salón principal del fuerte, las lujosas banderas del regimiento 71, que en Europa, Asia, Africa y América del Norte flamearon vencedoras.

A todos los jefes y oficiales que se distinguieron los había llamado el general improvisado por la victoria, para felicitarles personalmente por su brillante comportamiento.

En el grupo en que se notaba á Irigoyen, Viamonte, Pinedo, Somellera, Feijóo, Agustini, cuyos dos últimos fueron distinguidos posteriormente con medalla de oro, se hacía la crónica más animada de los hechos del día anterior, recordando las hazañas de Valencia, Sentenach, Fornaguera, Anzoategui (también agraciado con igual medalla), como de Correa, Córdoba, Ruiz y Miranda, marinos que tan hábilmente dirigieron sus soldados, al par que los oficiales de tierra.

Y entre conversación de bulliciosos corrillos se estaba cuando el señor D. Martín Rodríguez dijo, alzando la voz:

—Pero no hay que negarlo, la victoria de ayer es, ante todo, debida á los esfuerzos de nuestros compañeros de la otra banda. Sin su ayuda no hubiéramos podido organizarnos. De allí nos han venido todos los auxilios y la heroicidad desplegada por García Zúñiga, Lasala, Michelena, Salvañach, Ellauri, Balbín, Murguiondo, Méndez, Chopitea, Illa, y lo que hicieron ellos, españoles, ni de aquí, ni otros han sobrepujado.

—¡Es verdad!—contestaron en unánime coro.

Y avanzando los argentinos hasta confundirse en un solo grupo con los bravos y modestos oficiales orientales, se estrecharon entre vivas entusiastas, cual si en aquel primer abrazo fraternal, al día siguiente de correr mezclada la sangre de vecinos de una y otra margen del Plata, presintieran la solidaridad de un mismo y glorioso destino para estos pueblos, hermanos desde la cuna.

En esto estaban cuando entró D. Juan Martín de Pueyrredón con su hermano, trayendo á un pequeñuelo mal vestido y bien embarrado, uniforme común en aquellos lluviosos días, y dirigiéndose á Liniers, dijo:

—Le presento, señor, al verdadero héroe de la jornada, de cuya hazaña dió parte á usía el jefe de los artilleros.

A lo que el general, avanzando, le interrogó:

—¿Conque tú disparaste *el último cañonazo*?

El niño, mirando á todos lados, no atinaba á responder.

Y como Liniers le interrogara de nuevo con aire que al niño se le an-

tojó amenazante, recordando recién haber hecho fuego sin orden, cortado ante la autoridad, como no había temblado ante el peligro, y todo medroso, contestó al fin:

—Es verdad, señor, que yo disparé el último cañonazo; pero perdóneme usía que ya no lo volveré á hacer más.

Compensada fué dignamente hazaña tan poco infantil; pero, en el correr de los años, muchos cañonazos más tiró en nuestra guerra interminable el héroe de aquel día.

Sin duda, desmemoriado ya el valiente comandante de patricios don José Montes de Oca, pronto olvidara su promesa de niño.

Después de cien combates, á su muerte había alcanzado el mismo grado que hoy su digno hijo, el ilustrado coronel D. Alejandro Montes de Oca.

—¿Sabéis dónde y cuándo se disparará sobre tierra argentina el último cañonazo?

—Pues yo tampoco.



General D. Juan Martín Pueyrredón



PESCA DE ORO EN EL PLATA

I

En la madrugada del jueves 8 de diciembre de 1806, D. Mariano Escobar, vecino en la ribera Sur de esta ciudad, sacó en su red del Río de la Plata oro bastante para edificar casa á cada uno de sus hijos, de los que aún, muertos los primeros, quedaban veinte.

A milagro atribuyó el sucedido, no sólo él, sino todas las comadres de las circunvecindades de ese devoto del Luján. Milagro el de la pesca de oro; que el de la fecundidad de su *percundante*, coneja había por aquellos tiempos que acostumbraba doblar tal número en su prole.

Mientras que lectores más incrédulos investigan por qué *bagres*, dorados y pejerreyes del inmenso Plata no han vuelto á convertirse en oro, aunque no fuera de ley, daremos un paseito, si ustedes gustan, por esas callejas cortadas de *San Lorenzo* y *Luján*.

Y á propósito: se nos venía al magín, al cruzar la plaza de Los Andes, el recuerdo de Pepe-yendo, viajero incorregible, que llega hoy y se va mañana; en lo que se parece á Dios, porque en todas partes está.

Yo creo en los milagros: hasta hice algunos, y médium ó *intermédium* fuí en otros; recordaba la otra tarde, de sobremesa en la de uno de nuestros íntimos y en la hora del café, ese sabroso veneno lento, pero tan lento, según él mismo, que después de cincuenta años de beberlo con placer, apenas llega á causarle cierto malestar ó principio de intoxicación cuando se lo sirve su suegra.

—Pues no había más (continuaba) sino que al Creador de Cielo y Tie